

VISIÓN NOCTURNA



Después de tomar sus dos tazas de café acompañadas de una sabrosísima charla con sus amigos, regresó a su casa y sospechó que él llegaría de un momento a otro, como el tirano que era, empeñado en obligarla a realizar actividades que no tenía planeadas.

Saltó a la cama dispuesta a esperarlo con toda tranquilidad, y para ignorarlo a la hora de su aparición, tomó el libro que a la espera de ser leído se aburría como un enfermo, recostado sobre el librero.

Como siempre que se entregaba a la lectura, no sintió el tiempo transcurrido hasta que se levantó para ir al baño y su reloj le informó que ya era la una de la mañana.

En ese instante se dio cuenta que él había entrado, como era su costumbre, sigilosamente.

Sintió miedo. Su dictadura era terrible. Cuando la visitaba se mostraba prepotente y altanero, porque sabía de antemano, que ella era capaz de realizar a tales horas, las actividades más inconcebibles.

Primero la obligó a encender la televisión, él gozaba viéndola padecer con las imágenes sangrientas.

Deseó estar dormida para que el sueño le borrara mágicamente la amarga realidad del mundo en general y la suya en particular.

Empezó a respirar pausadamente, como acostumbraba hacerlo cuando él estaba presente, para concentrarse en algo ligero capaz de regalarle un poco de paz intelectual en medio de esa paz exterior que rondaba en su cuarto.

Trató de relajar sus endurecidos músculos escuchando música, pero no podía lograrlo porque su cerebro desaforado vociferaba:

¡Maldito! Tenías que venir hoy sabiendo que temprano tengo esa clase a la que no puedo llegar tarde.

- Si no puedes llegar tarde, entonces gánale tiempo al tiempo. Has hoy lo que te puede quitar tiempo por la mañana – le dijo con ironía.

Sin discutir se apresuró a planchar su ropa, después boleó sus zapatos y finalmente cambió sus objetos de la bolsa negra a la café.

De pronto recordó. Había recogido las fotos de la fiesta y no las había visto con tranquilidad por las prisas que había tenido ese día. Fue por ellas y las observó detenidamente. Algunas lograron pintarle una sonrisa en medio de su infierno, por lo que prometió comprarles un álbum.

El maldito continuaba ahí. Se dio cuenta que no tenía la más remota idea de marcharse. Ensayó – en voz alta – su guión de la obra teatral próxima a estrenarse, y al ver que el tirano permanecía extasiado escuchándola, dejó su ensayo inconcluso y salió rumbo a la cocina. Ahí se sirvió un vaso de leche tibia para coquetear al sueño y se fue de nuevo a la cama a contar borregos, iba en el número setenta y nueve cuando desistió, pues tanta lana aborregada la hacía estornudar a causa de la alergia.

Empeñado en molestarla, la obligó a encender la lámpara con el pretexto de que sus cejas estaban muy pobladas.

Sumisamente, extrajo del cajón su espejo de aumento y sus pinzas, y los guardó nuevamente cuando él opinó que estaban perfectas.

En medio de la oscuridad, él la observaba con sorna y se reía de las mil y un maneras de acomodarse en la cama, sin encontrar la forma perfecta para hacer las paces con el sueño.

A las seis de la mañana su enfadoso reloj despertador le pareció peor que la visita nocturna, más con todos sus pesares, logró ponerse de pie y llegar puntual a su clase.

Uno de sus compañeros al verla le dijo:

- ¡Qué cara! Volviste a tomar café ¿verdad?.

AUTOR:

PROFRA. ARMIDA GONZÁLEZ PIÑA